

ella que se elevaba entre un amarillo sombrío sobre el fondo azul del firmamento y el fondo negro del monte Olivete. Paramos nuestros caballos para contemplarla en esta misteriosa aparición. Un paso más que diésemos bajando á los profundos y sombríos valles que veíamos á nuestros pies, nos la hacían sin duda perder de vista ».

El aspecto general de los alrededores de Jerusalén, puede describirse en pocas palabras : montañas sin sombra, valles sin agua, campos sin verdura, peñascos sin terror y sin grandiosidad ; algunos pedruscos pardos ; y de trecho en trecho, alguna higuera, algunos viñedos ó pálidos olivos que dan débil sombra sobre los flancos escarpados de la colina ; las murallas y las torres pardas de las fortificaciones de la ciudad apareciendo á lo lejos sobre la cumbre de Sión : tal es el aspecto de la tierra. El cielo se presenta puro y profundo sin que jamás por la mañana ni por la tarde tomen las nubes un color de púrpura. Por la parte de la Arabia, vese una especie de abismo que descende de entre montañas negras y abre paso á las miradas hasta descubrir el mar Muerto y las cumbres de las montañas de Moab. Ni un soplo de viento murmurando entre las almenas ó las secas ramas de los olivos ; ningún pájaro que haga oír sus trinos en los caminos y en los campos... tal es Jerusalén. Sí, así aparece Jerusalén tal cual la ha hecho la divina justicia. A pesar del brillante colorido derramado por Lamartine sobre las ruinas consagradas por la Religión, y á pesar de que haya dorado con los rayos del sol esas montañas y campos estériles para darles alguna dignidad, el silencio y la soledad de la población, esas altas murallas de sierras, esas puertas por las cuales apenas entra nadie, esos viejos árboles que vegetan á duras penas, todo presenta un conjunto melancólico. No se busque la ciudad de David y Salomón en los tiempos en que, llegada al apogeo de su poderío y esplendor, era capital de un Estado cuyas fronteras se extendían desde el Egipto hasta el Eufrates ; aquella gloria se ha eclipsado para siempre. Expugnada y arrasada muchas veces, destruída hasta sus cimientos, renaciendo, sin embargo, cada vez sus cenizas, lleva en todas partes impresa la señal cierta del rayo que la hirió ; todo grita que una maldición terrible pesa sobre la ciudad deicida, condenada, desde que condenó al Salvador del mundo, á esclavitud perpetua ; pero al mismo tiempo se reconoce que nada es más propio para abrir campo á profundas y religiosas reflexiones.

En efecto : Jerusalén es triste, observa Chateaubriand ; pero su tristeza tiene un no sé qué de misterioso y de poético, como los cánticos de los profetas ; la Soledad de Sión, cubierta de luto, tiene algo que nos atrae, porque se hermana con nuestros recuerdos de la cuna, con nues-



V. Labadie Sc.
Salvador Rivas, Editor

VISTA DE JERUSALÉN

A. Serán, dib.

ella que se elevaba entre un amarillo sombrío sobre el fondo azul del firmamento y el fondo negro del monte Olivete. Paramos nuestros caballos para contemplarla en esta misteriosa aparición. Un paso más que diésemos bajando á los profundos y sombríos valles que veíamos á nuestros pies, nos lo hacían sin duda perder de vista ».

El aspecto general de los alrededores de Jerusalén, puede describirse en pocas palabras: montañas sin árboles, valles sin agua, campos sin verdura, pedascos sin terrer y sin grandiosidad; algunos pedruscos pardos; y de trecho en trecho, alguna higuera, algunos viñedos ó pálidos olivos que dan débil sombra sobre los flancos escarpados de la colina, las murallas y las torres pardas de las fortificaciones de la ciudad apareciendo á lo lejos sobre la cumbre de Sion: tal es el aspecto de la tierra. El cielo se presenta puro y profundo sin que jamás por la mañana ni por la tarde tomen las nubes un color de púrpura. Por la parte de la Arabia, vese una especie de abismo que desciende de entre montañas negras y abre paso á las miradas hasta encontrar el mar Muerto y las cumbres de las montañas de Sion. De los montes el viento murmurando entre las almenas y las torres, levanta una negra polviza que haga oír sus trinos en las montañas y en las ruinas. Tal es Jerusalén. Si, así aparece Jerusalén, tal es la ley de la divina justicia. A pesar del brillante colorido armonizado por Lamartine sobre las ruinas consagradas por la Religión, y á pesar de que á rayo dorado con los rayos del sol esas montañas y esas ruinas parecen poseer alguna dignidad, el silencio y la soledad de la ciudad, esas altas murallas de sierras, esas puertas por las cuales apenas entra nadie, esos viejos edificios que vegetan á duras penas, todo en suma es conjunto melancólico. No se busque la ciudad de David y Salomón en los tiempos en que, llegada al apogeo de su gloria y esplendor, era capital de un Estado cuyos confines se extendían desde el Egipto hasta el Eufrates; aquella gloria se ha eclipsado para siempre. Expugnada y arrasada muchas veces, destruida hasta sus cimientos, renaciendo, sin embargo, cada vez sus ruinas, lleva en todas partes impresa la señal cierta del rayo que la ha tocado, una maldición terrible pesa sobre la ciudad deicida, condenada desde que condenó al Salvador del mundo, á esclavitud perpetua; pero al mismo tiempo se reconoce que nada es más propio para abrir campo á profundas y religiosas reflexiones.

En efecto: Jerusalén es triste, observa Chateaubriand; pero su tristeza tiene un no sé qué de misterioso y de poético, como los cánticos de los profetas; la Soledad de Sion, cubierta de hielo, tiene algo que nos atrae, porque se hermana con nuestros recuerdos de la cuna, con nues-



A. Serin, dib.

VISTA DE JERUSALÉN

V. Labièle Sc.

Salvador Ribas, Editor

trás reflexiones de la edad moderna y con nuestros pensamientos de la tumba: no puede darse un paso sobre ese suelo sagrado sin que uno sienta latir su corazón. Los crímenes y las calamidades de los pueblos que se mezclan aún las imágenes de la misericordia y de la salvación; una muchedumbre arrastrada por el furor, el justo condenado, la traición que se castiga á sí misma, el arrepentimiento, la compasión, la adhesión más firme, la flaqueza humana al lado de las virtudes más sublimes; el infierno devorando su presa, un Dios resucitado que sube al cielo, y la esperanza de que de él descienda; he aquí los pensamientos que á la vista de las ruinas de Jerusalén asaltan en tropel la mente de cuantos han nacido y se han criado en medio de la civilización cristiana. Vemos allí nuestros destinos sobre la tierra, los bienes y los males de la humanidad, y nos parece que estamos recorriendo todos los senderos de la existencia, pues en estos sitios en que un Dios murió con nuestra vida y murió de nuestra muerte, todo parece explicar la humana condición.

Hasta hace pocos años todo en aquel triste panorama contribuía á que el peregrino y el viajero sintiesen más y más su influjo y predominio. Montes y valles y escabrosos senderos conducían á la vista de la ciudad solitaria y silenciosa; añosos árboles, cargados de siglos y recuerdos, eran los únicos testigos de la presencia y de la emoción del recién llegado; «el desierto austero que servía de entrada á Jerusalén por la parte del Norte, único lado en que no la ciñen hondos y quebrados valles, era, dice un escritor moderno, por su religiosa y lúgubre tristeza como el natural vestíbulo de una ciudad cuya más preciosa joya es un sepulcro». Hoy, desde que al emprender el emperador de Austria la peregrinación á Tierra Santa fué rehabilitada la antigua vía romana de Jaffa á Jerusalén, ha cambiado el aspecto haciendo más grata la entrada: los viajeros, al desembarcar á aquel puerto, toman carretera á lo largo de la que están tendidos los alambres del telégrafo, y por ella, pasando por Ramlah y Abu-Gosch, en unas diez horas y en coche, llegan á Jerusalén, cuyos alrededores van poblándose y embelleciéndose de año en año. Llamán primeramente la atención las grandes obras emprendidas por los rusos en el año 1860, obras que son como ciudadela política y religiosa á la vez, puesta en la puerta de la ciudad y en el único punto por donde antes y siempre ha sido y es accesible y vulnerable, y que se alzan como permanente amenaza del cisma y del imperio moscovita, deseosas de hacer suyos los Santos Lugares. Vense, además, escuelas y hospitales fundados recientemente por Prusia é Inglaterra, evidentes testimonios de los esfuerzos que emplea tam-